

LA PRIMERA IMPRENTA DE TRUJILLO

*A la memoria de don Antonio
Rodríguez-Moñino.*

El año 1972 ha querido brindar a los españoles múltiples recuerdos del arte tipográfico y de su historia. Una Comisión Nacional, con las ventajas e inconvenientes, anejos a tales organismos oficiales, tiene la misión de conmemorar a escala Nacional estos quinientos años que llevan funcionando las imprentas en España, desde que el obispo de Segovia don Juan Arias Dávila imprimió luego el sínodo diocesano que había celebrado en el lugar de Aguilafuente el lunes, primero día del mes de junio, «año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quatrocientos y setenta y dos».

La celebración anual del día del Libro, el 23 de abril, y la IV Feria Nacional del Libro, aunque pasaran sin pena ni gloria, en muchos aspectos y en no pocas localidades han evocado a su modo esa circunstancia histórica, encajada perfectamente en un año que la Unesco ha querido apadrinar, y bautizar, laicamente con el mote específico del «Libro y de la Lectura». Por no ser menos, o por no estar completamente ausentes de este giro mundial de la cultura, los asistentes al IV Congreso de Estudios Extremeños, recientemente celebrado en Mérida, remataron las lecciones, ponencias, y comunicaciones, de antigüedades con una breve y sencilla, comunicación, que se titulaba «Las imprentas de Extremadura». He aquí, pues un tema que se pudiera calificar como tema de actualidad, ahorrando grados de comparación, siempre odiosos. Pero como tantos otros también se puede reducir a tópicos repetidos, y aun manidos; a cifras, datos, y estadísticas, que amontonadas sobrecojan al lec-

tor, y a la postre le dejen exactamente igual que antes de conocerlas.

La bibliografía trujillana, obra toda del siglo XX, apenas si ha reparado en el detalle trascendental, o insignificante, según se mire, de la llegada de la imprenta a la ciudad de don Francisco Pizarro, ni más ni menos que tantas otras historias de ciudades y de pueblos extremeños. Tal vez porque la imprenta jamás entró en ninguna población con aparato escénico, con fuegos de artificio, con bombos y platillos, con propaganda y publicidad, su historia en Extremadu-



ra apenas si ha merecido unos renglones conmemorativos. También hace ahora un siglo que nuestro primer bibliógrafo don Vicente Barrantes publicó en la revista madrileña «La Ilustración Española y Americana» hasta ocho artículos, un buen serial, titulados «La Imprenta en Extremadura», y este es un motivo más para exhumar algunas noticias sobre las de Trujillo, porque debemos a Barrantes aclaraciones preciosas, que a ciertos soñadores y megalómanos posiblemente no resultan gratas, pero que son precisas, ya que nos centran en las realidades objetivas, y nos estimulan a tratar de superar las ingentes lagunas de nuestra historia grande y pequeña.

Oportuno será repetir lo que hace un siglo escribía el estudioso,

apasionado, y crítico, de Extremadura. A Cáceres y a Trujillo atribuye también imprenta el P. Méndez en su *Tipografía Española*. Por nuestra parte en el largo estudio a esta materia consagrado, más documentos para contradecirle que para afirmarlo hemos adquirido. Por error de escritores ligeros, o de apuntes mal redactados, Trujillo fué comprendida entre las ciudades que tuvieron imprenta en el siglo XVI. Nosotros mismos, por esta mala inteligencia, afanosamente adquirimos hace años la *Historia imperial y cesárea*, de Pedro Mexía, que se nos anunciaba así «Gótico. - de Trujillo. - 1564. en folio.—Magnífico ejemplar».—Sensible equivocación, por cierto, pues se trataba pura y simplemente del impresor de Sevilla Sebastián de Trujillo, harto conocido en la historia del arte, que usaba en su escudo por mote el *Omnia labor vincit*, digna sentencia de un paisano de los Pizarros».

Después de haber deseado el equívoco don Vicente Barrantes, todavía en 1900 la «Revista de Archivos» en un «Ensayo de catálogo de impresores españoles» afirmaba, sin aducir pruebas concluyentes que Trujillo tuvo imprenta en 1623. Más taxativo, y mucho mejor informado, andaba Rodríguez-Moñino cuando aseguraba que en toda la provincia de Cáceres actual no había en el siglo XVIII más imprenta que la de Plasencia. Hay que llegar al siglo XIX para que la imprenta se asiente en Trujillo, como en tantas otras poblaciones de Extremadura.

Don Juan Tena Fernández, tenaz y benemérito investigador, en su obra «Trujillo Histórico y Monumental» no se planteó siquiera el problema de los orígenes de las imprentas trujillanas; se limitó—y hay que agradecerle por lo menos este recuerdo y detalle—a historiar levemente las raíces, y las vicisitudes de una imprenta de Trujillo: la que en 1890 fundó don Benito Peña y Peña; la que mantiene con el mismo nombre sobrinos y herederos; la que viene publicando contra vientos y mareas el popular semanario «La Opinión»; pero ni aludió siquiera a otras imprentas contemporáneas, o anteriores en la ciudad.

Mi primera información sobre la imprenta fija trujillana me llegó, como tantas otras, de manera casual, e insospechada. En la biblioteca del Real Monasterio de Guadalupe, y dentro del fondo extraordinario que perteneció a don Vicente Barrantes, hojeaba yo un tomo del periódico cacereño «El Eco de Extremadura» que dirigía en la capital de la provincia por los años sesenta del siglo XIX don Francisco Liberal Cabrero, y que llevaba el subtítulo significativo de «periódico de intereses materiales». En aquel tomo, como un islote

en medio del mar, o de un lago, aparecía un número extraordinario, como suplemento a «El Eco de Extremadura» y correspondiendo al jueves, 28 de febrero de 1861, el número 33 estaba editado en Trujillo, imprenta de L. Moreno.

La noticia inesperada e insólita despertaba interrogantes en la historia de la tipografía de Trujillo, y aun de Extremadura. ¿Podía darse por segura una imprenta nueva en Trujillo, o aquel pie no pasaba de mero y simple truco tipográfico, utilizado solamente en el folio que formaba el número 33, y extraordinario de «El Eco de Extremadura»? Había que seguir la pista, y buscar otras pruebas que o ratificaran el hallazgo, o permitieran catalogarlo en el ingente número de los falsarios de la documentación y de la historia.

Nuevas y recientes investigaciones han confirmado la veracidad de las noticias sobre la imprenta que debió ser la primera segura de Trujillo, a mediados del siglo XIX, y que pudo haber desaparecido antes de 1890, cuando se montó la de don Benito Peña y Peña.

La Biblioteca Provincial de Cáceres conserva en su depósito la «Acusación que en la causa formada en el juzgado de Trujillo por las muertes ocasionadas a don José Alvarez, y Dolores Frías fulminó doña María García de Alvarez, madre de aquél contra Segundo Torcuato» y está impresa en Trujillo, por L. Moreno, en el año 1850.

«El Bibliógrafo Español y Estrangero» en su número 3, correspondiente al 15 de febrero de 1857, consignaba entre las obras españolas recibidas una titulada «Reemplazo del ejército y milicias provinciales, o guía del facultativo en las operaciones del reemplazo por don Manuel Francisco Herrero Picado, profesor de Medicina y cirugía, titular de Trujillo» con las siguientes notas tipográficas: Trujillo, imprenta y librería de L. Moreno, 1856.—En 8.º mayor.—276 páginas, que valían 16 reales. Y en ese mismo año, se editaba el «Resumen de los sistemas métrico y monetario destinado a las escuelas de instrucción primaria» que había compuesto don Juan Francisco de Dios.

Prescindiendo de noticias fabulosas, e indocumentadas, hoy por hoy se puede datar la presencia de la imprenta en Trujillo no sólo con el genérico a mediados del siglo XIX sino con el específico año 1850, por lo menos. Una fecha memorable, porque la imprenta supone el paso de la mano y del brazo a la máquina; de la artesanía personal a la producción industrial; de la Edad Media cultural a los horizontes de la Modernidad contemporánea.

Francisco FERNANDEZ SERRANO